

Actualidad del pensamiento balmesiano*

Existe un punto de vista que acaba dándole unidad al vasto conjunto de escritos variopintos y diversos que nos dejó Jaime BALMES, y donde nuestro autor se manifestó como filósofo crítico, apologeta, sociólogo, filósofo político y de la historia, etc. Esa óptica es su preocupación por el hombre integral. Como indica acertadamente Dionisio Roca es «el hombre que piensa, ama, se relaciona con los demás, vive los problemas de su condición cívico-política y que, al final de sus días, se verá abocado a un destino sin término»,¹ el que preocupa realmente al filósofo vicense. Esa visión holista que rezuma su humanismo trascendente, le llevó a vertebrar un equilibrio entre la filosofía teórica y la filosofía práctica, pero sabiendo que, a la postre, donde se juega el misterio del ser es en la práctica, en el compromiso de la existencia. Esto es algo, en lo que, precisamente, abundó mucho, un poco más tarde, otro filósofo del s. XIX, Maurice BLONDEL.² Este pensador francés, como J. BALMES, cree que la acción es el corazón de la realidad humana, y la clave para la solución y el sentido de nuestra vida. En este sentido, es en el mundo moral, que el hombre construye y desarrolla a medida que actúa, donde está la so-

* El presente artículo ha surgido al hilo de la reflexión y evaluación crítica de la tesis doctoral de D. Dionisio ROCA BLANCO, *Praxis humanista trascendente en J. Balmes. Gnoseología y axiología*, dirigida por D. Luis Jiménez Moreno, leída el 22 de junio de 1993, en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense, y de cuyo tribunal constituido por D. José Luis Abellán-García, D. Eudaldo Forment, D. Manuel Fernández del Riesgo, D. Antonio Jiménez y D. Jesús Veganzones, tuve la suerte de formar parte.

La tesis del Dr. ROCA BLANCO, experto conocedor del pensamiento gnoseológico balmesiano [Véase: DIONISIO ROCA, «Superación balmesiana de los principios gnoseológico cartesianos», en *Espíritu* (Barcelona), 101 (1990), pp. 23-62], mereció grandes elogios del Tribunal citado, que la juzgó, y obtuvo la máxima calificación, «cum laude» por unanimidad.

1. ROCA BLANCO, DIONISIO. *Praxis humanista trascendente en J. Balmes. Gnoseología y axiología*. Universidad Complutense. Madrid, 1993, 372.

2. Cfr. BLONDEL, M., *L'Action* (1983). P.U.F. París, 1950.

lución del problema gnoseológico-metafísico. En último término, será la acción y el compromiso la garantía de toda sinceridad intelectual y la fuente de todo conocimiento. La praxis como movimiento total de la vida humana, incluye el ser del hombre con todo su dinamismo y energía, y por tanto también el pensamiento. También para J. BALMES el entendimiento es potencia rectora de toda la actividad humana. Por ello, en ella convergen la moral y la metafísica. La acción como dinamismo integral de la persona acapara toda la actividad consciente e inconsciente, moral, especulativa y sensitiva del individuo. Viene a ser el «Vinculum Substantiale» del querer, del conocer y del ser; punto, pues, de convergencia del mundo del pensamiento, del mundo de la moral y del mundo de la ciencia. Del mismo modo, la praxis humanista tiene una relevancia especial en la obra de J. BALMES. Tanto es esto así, que su propia teoría del conocimiento y su solución del problema crítico entendido como una explicación razonable de la correspondencia objetiva de nuestras representaciones subjetivas, del enlace de la evidencia con la realidad, no se entenderían sin esta dimensión práctica que brilla con fuerza en el «instinto intelectual» o «sentido común» como elemento vertebral de la praxis cognoscitiva. Y en esto, como en el hecho de partir de las vivencias de la conciencia como punto de partida para comenzar la investigación gnoseológica, BALMES resulta original frente a la tradición escolástica.³

J. BALMES intenta soluciones tanto intelectuales como morales en las que la teoría y la praxis, la gnoseología y la axiología están íntimamente vinculadas. Como afirma Dionisio Roca comentando al Vicense, «toda filosofía se ha de traducir en un proyecto de vida o en una justificación a posteriori de la misma, y toda praxis, en una prolongación vital de una forma de pensar».⁴ Pero en este ir y venir de la teoría y la praxis se acaba decantando un sí o un no como opción personal frente a la vida.

Con relación a la axiología, nuestro autor, más allá de intentar una construcción estructurada y sistemática sobre la ontología del valor, cuestión en la que se enzarzarán los fenomenólogos posteriores debatiéndose entre el subjetivismo y el objetivismo axiológicos, lo que hace es rei-

3. Es la fuerza del instinto intelectual la que lleva al entendimiento del hombre a otorgar valor objetivo a las proposiciones lógicas (Cfr. J. BALMES. *Filosofía Fundamental. Obras Completas*. t. II. B.A.C. Madrid, 1980, 172). Hay a modo de un impulso natural que nos lleva a dar crédito a nuestras ideas. Es pues, en la praxis cognoscitiva donde brota la opción por el sentido y el voto de confianza en el hombre. De la acción dimana la «fe filosófica». Nuestro autor «ha tocado fondo en lo que al problema del conocimiento se refiere. La objetividad extramental de los conocimientos humanos, reposa, en última instancia en el bastión de esa fuerza natural que es el instinto intelectual o sentido común. A nivel crítico este tipo de cuestiones no se pueden llevar más lejos». Con el sentido común balmesiano, «Entendimiento y voluntad, conocimiento y sentimiento, han de aunar sus esfuerzos en la dirección del quehacer humano para que éste sea acorde con las exigencias de su naturaleza y su destino». Roca BLANCO, Dionisio. O.C., 186, 204.

4. Roca BLANCO, Dionisio. O.C., 86.

vindicar una escala de valores que oriente al hombre hacia los fines que le corresponden. No obstante, a lo largo de sus escritos, encontramos afirmaciones acerca de la naturaleza del valor. Entiende el Vicense los valores a modo de cualidad predicable de cosas y acciones, que se capta en la estimación y que admite una graduación.⁵ Especialmente con relación a la relatividad de los valores, se afirma que los valores parciales o participados postulan la realidad suprema de valores absolutos. En este sentido J. BALMES distingue entre ideas de valor y los propios valores, y su discurso axiológico por ello resulta extraordinariamente actual. La actual distinción entre valor y valoraciones clarifica la distinción del autor vicense. Ciertamente el valor está revestido de un carácter transindividual e incondicionado por el que se nos impone y que descubrimos en la certeza intuitiva. Y es que el valor, en última instancia, no se puede definir al ser una experiencia originaria del hombre. También tiene un carácter ideal que trasciende toda realización particular. Es precisamente por ello que se convierte en un criterio para juzgar a aquélla. En este sentido, el valor se nos aparece como un marco utópico que convoca a una realización cada vez más perfecta, es una llamada a una tarea de perfeccionamiento infinita. Y conforme a esta referencia que es el valor, el hombre tendrá que juzgar de la conveniencia o inconveniencia de cada acción y situación, y es ahí donde se dibujará el compromiso moral. En esto último consistirá la valoración transida de relativismo, y donde jugará la opción creativa y responsable del sujeto moral. Los grandes principios con los que se identifican los valores estarán, de este modo, abiertos a la complejidad variante de la realidad concreta e histórica. Y de esta manera se irán concretando normas de conducta que realizarán los valores en un mundo determinado.

En el terreno de la filosofía política, llama la atención su «positivismo social», que le lleva a reconocer la necesidad de tener en cuenta las bases sociales para pronunciarse sobre la forma de gobierno más adecuada en cada caso.⁶ En este sentido J. BALMES sostiene que no hay una solución ideal para las naciones. Con este planteamiento el Vicense se nos antoja un discípulo del autor de «El espíritu de las Leyes», el barón de Montesquieu. No obstante, teniendo en cuenta la experiencia histórica que le rodea, BALMES es partidario de una monarquía que podríamos denominar «preliberal», aunque legitimada por la ley, y no por el irracionalismo del absolutismo político.⁷ Aún reconociendo que la fuerza del poder nace de la sociedad,⁸ no es simpatizante del gobierno demo-

5. Cfr. J. BALMES. *Estudios sociales. «Verdadera idea del valor»*. *Obras completas*, t. V. B.A.C. Madrid, 1949, 617; *Ibidem. Filosofía Elemental. «Ética»*. *Obras Completas*, t. III. B.A.C. Madrid, 1948, 107.

6. Cfr. J. BALMES. *Escritos políticos I. Obras Completas*, t. VI. B.A.C. Madrid, 1950, 553 ss, 620.

7. Cfr. J. BALMES. *Escritos políticos I. Obras Completas*, t. VI. B.A.C. Madrid, 1950, 83, 425-434. *Ibidem. Escritos políticos II. Obras Completas*, t. VII. B.A.C. Madrid, 1950, 199.

8. Cfr. J. BALMES. *Escritos políticos II. O.C.*, 910.

crático, que ha sido vehículo de irreligiosidad y desmoralización.⁹ Lo primero es comprensible si tenemos en cuenta que los ideales democráticos surgieron en el seno de las grandes revoluciones burguesas modernas transidas de un talante secularizador. En cambio el segundo aspecto es el gran enemigo de la democracia. Y en este sentido las observaciones de J. BALMES resultan tremendamente oportunas para nuestra actual situación sociopolítica. La política desarrollada por el PSOE en la última década no ha significado un cambio de sistema económico, sino la simple sustitución en el poder para consolidar la democracia capitalista con ciertos ribetes de inquietud social. Y esto se ha intentado legitimar con una pretendida superioridad moral, que ha llevado al actual partido en el gobierno a identificar, prepotentemente, el régimen democrático con la mayoría que el PSOE ha detentado y su política. Esta «partidocracia», que se identifica con una actitud reificadora, ha fomentado el autoritarismo, el oportunismo, el vulgar pragmatismo y, al fin, la corrupción más descarada. La retórica de la solidaridad se ha quedado sólo como un elemento del ramplón «conductismo político» con el que se identifica la técnica electoral.¹⁰ La gran cuestión es que la praxis democrática es difícilmente viable sin elevadas cotas de moralidad en los ciudadanos y sus representantes.¹¹ No obstante la democracia sigue siendo el mal menor, porque esa remoralización, de la que está gravemente necesitada nuestra sociedad, sólo es posible a partir de un sistema de libertades. Es el «pez que se muerde la cola», pero del que no podemos zafarnos. Es la gran apuesta de la modernidad política. En este sentido hay que reconocer que la solución monárquica planteada por BALMES, hoy dejaría que desear. Sin embargo sí puso el dedo en la llaga al denunciar el peligro de los excesos del consensualismo.¹² En última instancia el problema crítico de la verdad y el de la justicia o el bien moral, no se pueden reducir al problema del consenso; ello significaría acercar peligrosamente la verdad o el bien común a la mera opinión. Y es que los criterios de la verdad y de la rectitud moral no pueden ser lo aceptado social y dialogalmente sin más.¹³ Ciertamente la discusión y el diálogo (sociales y parlamentarios) pueden ser una mediación posi-

9. Cfr. J. BALMES. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo. Obras Completas*, t. IV. B.A.C. Madrid, 1949, 716.

10. Cfr. J. BALMES. *Escritos políticos II. O.C.*, 352-353.

11. Cfr. J. BALMES. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo. O.C.*, 720.

12. Cfr. BALMES. *El Criterio. Obras Completas*, t. III. B.A.C. Madrid, 1948, 683. *Ibidem. Filosofía Elemental. «Ética»*. O.C., 112.

13. En este sentido, por ejemplo, J.J. ROUSSEAU distinguió, oportunamente entre la «Voluntad de Todos», concepto meramente cuantitativo que expresa el interés privado, y la «Voluntad General», concepto cualitativo que dice relación al interés común y la utilidad pública. Voluntad inalienable, que el ginebrino pone por encima de los partidos políticos, y que significa la transformación del hombre a secas en ciudadano. Un auténtico proceso de moralización. Cfr. J.J. ROUSSEAU. *El Contrato social*. Aguilar, B. Aires, 1965, 82-83.

tiva a la hora de clarificar criterios y problemas, pero no pueden ser, sin más, insistimos, la fuente del criterio de verdad y de la obligación moral. El criterio de verdad y los principios éticos deberán tener un cierto carácter supraconvencional; y la democracia, más allá del puro procedimiento formal, deberá tener unos contenidos irrenunciables, que girarán en torno a la dignidad de la persona humana y los derechos humanos. En este sentido la crítica de J. BALMES no puede ser más profética, si tenemos en cuenta que la incorporación de las masas a la vida política ha propiciado la «mercantilización de la política» (J. SCHUMPETER, C. B. MACPHERSON, C. OFFE...), el «clientelismo del voto» (N. BOBBIO), o el «despotismo electivo» (G. SARTORI). Todas ellas, fórmulas que vienen a denunciar la desmoralización de la praxis política.

El tema de la ética y la política nos lleva a otra gran cuestión debatida por el Vicense: el problema del progreso. J. BALMES entiende el progreso en términos de realización de valores, y en este sentido es marcha hacia adelante, hacia la perfección, hacia la realización de una auténtica civilización. El ideal es combinar el más alto grado de la mayor inteligencia, la mayor moralidad posible el mayor bienestar, todo ello en el mayor número posible.¹⁴ Esta idea de civilización íntegra pues, tres órdenes de valores: los intelectuales, los morales y los materiales.

La modernidad quiso ver el sentido de la vida humana en la idea de progreso. La esencia del progreso implica un movimiento hacia una meta otorgadora de sentido, porque se estima como preferible. Movimiento libre e inteligente del sujeto humano que dirige, cambia y explota las potencialidades de la realidad, de cara a conquistar resultados y obtener productos que respondan a deseos y finalidades humanos. En el fondo de este dinamismo creador están, como no, los valores. Y en este sentido el progreso no concluye nunca, tiene en principio la nota de la infinitud. Y ello porque —como dice GARCÍA MORENTE— «la realización o cumplimiento de un valor nunca puede ser tal que excluya una realización o cumplimiento más perfecto del mismo valor».¹⁵ A la base de ello está la distinción entre valor y valoración a la que ya aludimos. Y por este motivo el progreso es un signo de trascendencia. De modo formal, podemos decir que habrá progreso cuando se desarrollen, cada vez mejor, las dimensiones esenciales del hombre. Pero el problema está en ponerse de acuerdo sobre el alcance de estos términos. No podemos hoy, defender sin más, la creencia en un progreso universal y unilineal. Esto fue el fruto del etnocentrismo decimonónico ya superado. A nivel teórico desde luego, el progreso ético, por ejemplo, está sujeto al desarrollo de la autocomprensión humana, al descubrimiento de nuevos valores, y en fin, a la formulación cada vez más rica y elaborada de la ley natural. En este sentido, por ejemplo, se ha progresado con el descubrimiento de los valores ecológicos. Sin embargo, a nivel práctico, en el terreno de la vida moral, las cosas son más complicadas. Aquí el progreso con-

14. Cfr. J. BALMES. *Escritos políticos I*. O.C., 58, 458-464.

15. GARCÍA MORENTE, M. *Ensayo sobre el progreso*. Dorcas, Madrid, 1980, 51.

sistirá en ampliar las aplicaciones concretas de los principios universales, sintonizando con nuevas posibilidades y las peculiaridades de las sucesivas situaciones. En este nivel, la historia humana, desgraciadamente, es el testimonio dramático del avance y del retroceso; moralmente hablando es el ámbito de la ambigüedad. Y es que muchas experiencias parciales de sentido y de autorrealización humanas presentan otra cara intranquilizadora: el sufrimiento de los inocentes, y los imprevistos efectos disfuncionales. Así, por ejemplo, el progreso material, el éxito de la productividad, no es sinónimo, sin más, de un progreso de justicia social. La economía de libre mercado, comparada con la economía estatizada del difunto socialismo real, ha resuelto el problema de la producción, pero tiene pendiente el problema de la distribución de los bienes. Desde esta óptica podemos enjuiciar la actitud crítica de J. BALMES frente al liberalismo económico y el socialismo, a la hora de enfrentarse con la cuestión social. Nuestro autor muestra una sensibilidad crítica frente al liberalismo económico a la que nada tenemos que objetar;¹⁶ y frente a los abusos de la praxis revolucionaria en orden a la violencia y de una propiedad hiperestatizada, su crítica al socialismo no deja de tener su parte de razón.¹⁷ Y más allá de ciertos puntos de su pensamiento social que hoy nos pueden chocar, como su actitud crítica frente a la posibilidad de la intervención legislativa por parte del gobierno como elemento moderador en las relaciones entre empresarios y trabajadores, su intento de buscar una alternativa más allá del liberalismo y el socialismo puede ser hoy una llamada de atención. Hoy por hoy, hay que reconocer que todavía no se ha encontrado otro mecanismo de organización económica más eficaz que sustituya al mercado. Hasta ahora, él ha sido la forma más racional de adjudicar los recursos, y el patrón de medida para la eficiencia del sistema económico en su conjunto. No obstante, lo que parece claro es que el mercado hoy deberá estar sujeto a una cierta democratización de la economía, que le propondrá objetivos no resultantes exclusivamente de sus propios mecanismos, pero que promoverán un desarrollo más justo, más humano. Todo lo demás está por inventar. Es el reto actual de una democracia económica y social que deberá compaginar con imaginación y habilidad libertad, eficacia y solidaridad.

Por otro lado, la llamada que hace J. BALMES a una praxis auténtica de la caridad cristiana,¹⁸ no me parece algo desfasado. Hace muy pocos años, el socialdemócrata alemán Oskar LAFONTAINE nos advertía que «El lenguaje político no evita otra palabra con más ahínco que la palabra amor. Si es verdad eso de que el lenguaje es delator, aquí se pondría de manifiesto la falta de capacidad de amar de nuestra época».¹⁹ Lo in-

16. Cfr. J. BALMES. *Estudios sociales. Obras Completas*, t. V. B.A.C. Madrid, 1949, 490.

17. J. BALMES. *Estudios sociales. O.C.*, 487, 491.

18. Cfr. J. BALMES. *De Cataluña. Obras Completas*, V. B.A.C. Madrid, 1949, 950.

19. LAFONTAINE, Oskar. *La Sociedad del futuro*. Ed. Sistema, Madrid, 1989, 28.

humano de nuestro momento nos hace caer en la cuenta de que nuestra sociedad está necesitada de una nueva subjetividad, que se identifique con la reciprocidad, la gratuidad y el amor a la vida, más allá de la ética de la competitividad. Y recientemente ha sido Reyes MATE el que nos ha hecho ver que la ética no podrá reconciliarse con la política hasta que no se convierta en una ética de la compasión.²⁰ Gracias a ella, entre el sujeto y el no-sujeto (el hombre al que se la ha despojado de su dignidad al negársele sus derechos) se establece una relación que impide que pueda haber sujetos mientras haya no-sujetos.

Ahora bien, hay un punto en el que, a mi modesto juicio, habría que completar el pensamiento balmesiano. Y es que intentando ser fiel a esa moral de la solidaridad caritativa que abre la ética a la religión, en mis valoraciones actuales, yo no puedo renunciar a cierto «socialismo». Un socialismo entendido como un talante, una forma de ser crítica, y un horizonte moral, que se identifica con el ideal y la preocupación porque la producción y la economía estén guiadas y sometidas a la ética y a la política; esto es, porque el mercado esté presidido y orientado por la solidaridad y no por el estricto beneficio, porque la propiedad no esté por encima de la democracia, porque la abundancia no sea preferible a la equidad y a la justicia. Yo creo que a este socialismo no podemos renunciar, porque ello significaría condenar a los vencidos a la desesperación.

Por último digamos, que nos adherimos al carácter trascendente del humanismo balmesiano²¹ en la medida en que este último bebe en la fuente agustiniana. Existe realmente en la condición humana un dinamismo que sólo puede descansar en el Absoluto. En el hombre se da una inadecuación definitiva o una no coincidencia última consigo mismo. El hombre inacabado en su pensamiento y en su acción (experimenta siempre una insatisfacción teórica y práctica) es continua superación y trascendencia. Se da una desproporción o no coincidencia entre la causa eficiente y las sucesivas causas finales, que define la estructura ontológica del devenir humano. En el hombre hay una capacidad de querer, una voluntad de desarrollo y de realización total, que se concreta en una aspiración radical y originaria a ser, a conocer y a amar, que no satisface ninguna de sus realizaciones particulares. Esta incondicionalidad revela una dimensión absoluta y metahistórica en la persona humana.

DR. MANUEL FERNÁNDEZ DEL RIESGO
Universidad Complutense

20. MATE, R. *La razón de los vencidos*. Anthropos, Barcelona, 1991.

21. Cfr. J. BALMES. *El Criterio*. O.C., 755; *Ibidem*. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*. O.C., 296, 484; *Ibidem*. *Filosofía Elemental*. «Ética». O.C., 191.